

## Ajuste de Cuentas

*“Un comunista es alguien que se ha leído a Marx;  
un anticomunista es alguien que lo ha entendido.”*

**Ronald Reagan**

En una de sus lecciones más brillantes<sup>(1)</sup>, el afamado físico americano Richard Feynman (Nobel de Física en 1965) aventuró la idea de que la distinción esencial entre pasado y futuro reside en la habilidad del primero de estar mejor ordenado. Del pasado siempre podemos hacer una narrativa, un inventario donde fijamos los recuerdos del tiempo ya ido y que suele ofrecernos alivio, aunque a veces también autoreproches; una dualidad sobre la cual los juegos deconstructivos de la memoria actúan modificando con frecuencia aquella narrativa. Por eso quizás la afirmación Feynmaniana sólo es aplicable al pasado de lo inanimado, mientras que para nosotros lo ocurrido presenta muchas narrativas cercanas pero distintas, al estilo de historias paralelas siempre en proceso de recomposición, en clara semejanza con la forma en cómo percibimos el porvenir.

Inevitablemente siempre volvemos al pasado. Basta que las nuevas vivencias exijan una reconstrucción racional de lo antes vivido para que el conflicto aparezca y la memoria retorne a esa deconstrucción que tanto necesitamos para restablecer un nuevo equilibrio. Dicho proceso no puede ser continuo porque nos impediría vivir el presente y planear el futuro; es un proceso intermitente y esporádico que muchas veces nos toma por sorpresa y que se anuncia con la nostalgia y su afán por seducir los recuerdos.

Estas ideas vinieron a mi mente cuando leí las declaraciones del trovador cubano Pablo Milanés después de sus primeros conciertos en USA y la polémica que éstas han suscitado. Al margen de los muchos argumentos esgrimidos en pro y en contra del afamado cantante, a mí me ha llamado la atención su propia declaración de considerarse “un revolucionario crítico”, alguien que aún se permite hablar de los supuestos momentos de gloria de los dirigentes históricos de aquella distopía cubana, sin reconocer que ya desde sus inicios aquello resultó ser un ejercicio de poder absoluto basado en lo que entonces llamaron sin reservas “terror revolucionario”. Posiblemente Milanés se guarda en secreto sus opiniones reales porque no se atreve a romper completamente con sus cómplices de antaño, o porque no quiere perder parte de su público, o porque no ha entrado en total conflicto con sus convicciones y todavía cree en el mito infundado de la superioridad intelectual de la izquierda<sup>(2)</sup>. En sus palabras Milanés parece no aceptar que aquella enmascarada distopía devino hace mucho tiempo en un estado sin derechos dotado de una atmósfera altamente represiva y de claro corte policial. Un estado donde la libertad fue, y aún es, vilmente escamoteada.

Le debo a mi familia, y especialmente a mi madre, el haber desarrollado desde mi niñez una posición crítica con respecto a la dictadura comunista en Cuba. Mi abuelo materno se encargó antes de morir de alertar a todos sobre el peligro comunista que acechaba a la isla en fecha tan temprana como 1957. Para mi abuelo la presencia del Che Guevara en las tropas rebeldes y la declarada militancia comunista del joven Raúl Castro eran señales claras de una posible marcha hacía el comunismo después de tomar el poder. No vivió para verlo con sus propios ojos, pero cuando en Abril de 1961, el tirano al mando declaró

el carácter marxista-leninista del proceso cubano, sus avisos se vieron cumplidos y todos en mi familia supieron que tendrían que salir del país, pues el gobierno cubano contaba entonces con el apoyo de la enorme maquinaria comunista internacional y aquella familia de convicciones batistianas era muy mal vista por el poder y sus ciegos seguidores. La mayor parte de mi familia grande pudo salir a cuenta gotas del país y sólo quedamos rezagados el núcleo de mis padres, mi hermana y yo, quien ya había cumplido los quince años en diciembre de 1967, la edad que marcaba la tiranía como límite para poder emigrar. Entonces fue cuando mi madre comenzó la cuidadosa tarea de evitar que los comunistas me robaran el alma y a la vez no me negaran oportunidades para mi realización personal, una difícil tarea de la cual obtuve lecturas tales como “La Gran Estafa” del peruano Eudocio Ravines, “La Nueva Clase” del yugoslavo Milojan Djilas, y más tarde “La noche quedó atrás” del alemán Jan Valtin, un agente doble de la Gestapo y la KGB. Aquellos fueron sus mejores antídotos contra el mal que nos agobiaba.

En aquellas lecturas descubrí las semejanzas entre el nazismo alemán y el socialismo de la URSS, China, Europa Oriental y desgraciadamente mi patria. Comprendí que los nazis excluían razas enteras de su proyecto de reconstrucción social, mientras los comunistas excluían aquellas clases sociales que denominaban explotadoras. Los criterios de exclusión no eran los mismos pero sí la manera de lograr sus objetivos: el uso del terror para el genocidio<sup>(3)</sup> y el control posterior de los sobrevivientes oprimidos. Con los años mi experiencia personal me llevó a la convicción sobre la existencia de dos tipos fundamentales de dictadura, unas que matan, las otras que quitan la vida. Y aún más, en el tipo comunista de dictadura, donde la vida humana tiene muy poco precio, esos dos tipos fundamentales se convierten en modos o períodos alternantes: asesinan o reprimen según las circunstancias, y hasta el estado de ánimo del tirano. Por eso les viene bien el discurso dialéctico que usan para apoyar sus sofismas.

Debo confesar también que ya en la universidad, las lecturas de filosofía me llevaron a percibir una aparente coherencia en el marxismo. Disfrutaba principalmente los escritos de Frederick Engels donde una prosa clara y amena permite al lector descubrir los intentos de aquel autor por dotar de estilo sistemático a su doctrina. Cuatro de sus libros me marcaron entonces: “Anti-Duhring”, “Dialéctica de la Naturaleza”, “Ludwig Feuerbach y el fin de la Filosofía Clásica Alemana”, y “El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado”. Los enumero aquí pues fueron libros leídos por toda mi generación. Engels pretendía mostrar como las leyes del materialismo dialéctico penetraban cada esfera de la realidad (naturaleza, sociedad, pensamiento), mientras su amigo Karl Marx se dedicaba a desentrañar los misterios de la producción capitalista y a partir de su análisis demostrarnos la inevitabilidad de su colapso. Como autores, el primero resulta jovial, erudito, y con amplitud de mente, y el segundo alguien muy radical y hasta incendiario, impaciente por imponer sus ideas e intolerante con las ideas rivales. Sin embargo ambos comparten la autoría de muchas obras, y en particular les reprocho “El Manifiesto Comunista”, donde los primeros atisbos de un nuevo terror son esbozados: abolición de propiedades y herencias, confiscación estatal a los emigrantes, movilización masiva y casi permanente a las tareas agrícolas, redistribución de la población, estatalización de la producción...Las diez medidas comunistas enunciadas en

la sección II de dicho manifiesto<sup>(4)</sup> devinieron un recetario seguido al pie de la letra por Lenin y Stalin, Mao, Castro, Ho-Chi-Minh y Pol-Pot.

Un estudio detallado de la vida de Marx pudiera darnos pistas de lo que ahora vemos en sus obras. Según sus biógrafos, era muy politizado para devenir profesor, y en su madurez temprana contrajo una infección de la piel que nunca fue totalmente curada y le produjo forúnculos que le acompañaron por el resto de su vida (la penicilina no sería descubierta hasta 1928). Su familia sufrió mucho con él, y cuatro de sus siete hijos no llegaron a la adultez. Esas huellas pudieran explicar las diferencias entre el tono romántico y especulativo de sus primeras obras, y aquel seco y radical que luego desarrolló. Aquellos dolorosos forúnculos traseros marcaron su vida y quizás también el destino fatal de las víctimas del comunismo en el mundo entero.

Pero hay mucho más. En su libro “Marx y Satanás”<sup>(5)</sup>, el Reverendo rumano Richard Wurmbrand sostiene que el adolescente Marx llegó a ser nombrado en secreto Ministro del Diablo por un círculo estrecho de amigos que cultivaban el satanismo. El libro ofrece comentarios sobre algunos de sus poemas de juventud y sobre un corto drama que compuso y llamó “Oulanem” (aparentemente un anagrama aproximado de Emmanuel). Marx nos habla a través de Oulanem y cuando en el drama el personaje enfrenta a su muerte nos dice:

*Arruinado, arruinado. Mi tiempo tiene ya un claro final.  
El reloj ha parado, la casa enana se ha derrumbado.  
Pronto en mi pecho abrazaré la eternidad y pronto  
Gritaré insultos gigantescos contra la humanidad.*

He respetado la estructura de los versos en el original y especialmente algunas mayúsculas porque percibo un intento por parte del autor de enfatizar su importancia. Wurmbrand señala oportunamente que los escritos del Marx adolescente no han trascendido porque no tienen ningún valor estético, pero nos ayudan a rastrear los detalles de su evolución personal desde el seno de una familia cristiana a la rebeldía juvenil que puede haberlo llevado a un breve satanismo, y finalmente al ateísmo militante y comunista con que el mundo lo conoció.

Estoy convencido que para un hombre como Marx, quien vivió hasta su vejez (1818-1883), una valoración de su obra no puede limitarse a sus años de juventud. Sin embargo, me resulta tremendamente sospechoso que sus seguidores hayan escamoteado mucha información que nos hubiera alertado a todos. Desde de la perspectiva histórica Karl Marx nos parece ahora un hombre problemático, uno de esos líderes que desde su infancia arrastraron conflictos no resueltos y que los llevaron a una actitud antisocial bien definida en sus acciones y escritos. A Marx deberíamos dejarlo descansar; al final su obra sirvió para caracterizar en detalle al capitalismo de su tiempo e incluso enseñar vías para su humanización. A largo plazo tal vez ése sea su gran aporte: la sociedad capitalista moderna no es puramente capitalista, y las reformas hechas al sistema a lo largo de los últimos cien años han producido una sociedad híbrida mucho menos cruel que aquella que Marx y Engels describieron en la segunda mitad del siglo XIX.

Sin la intención de ser exhaustivo, creo oportuno señalar que el debate sobre los aciertos y errores del marxismo aún persiste, a pesar del poco éxito que tuvieron aquellos países que insistieron en esas ideas. La doctrina se ha mostrado resistente y adaptable a las nuevas tendencias. Entre sus virtudes destaca el haber rescatado la Praxis como elemento fundamental en el conocimiento y las acciones humanas. A Aristóteles le debemos el enunciado sobre las tres actividades humanas básicas: teoría, poiesis, and praxis; a esta última la tradicional filosófica occidental pareció olvidarla por siglos. Comparto con cautela aquella hermosa idea presentada por Marx en su tesis oncenaria sobre Feuerbach: “Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, y de lo que se trata es de transformarlo”. Resalto que lo hago con cautela porque hay que ser muy cuidadosos cuando se pretende cambiar al mundo; muchas veces nos equivocamos. Pienso también que la insistencia marxista por la acción a toda costa sacrifica la objetividad científica a expensas de las convicciones socio-políticas, y ese sacrificio resultó en errores de acción y convicción. Marx y Engels pecaron de un voluntarismo que olvidó las leyes sociales que ellos mismos pretendieron descubrir. Todas las secuelas posteriores fueron aún más voluntaristas, en particular el castrismo-guevarismo.

La doctrina económica marxista también ha recibido duras críticas en las últimas décadas. Su teoría del valor, basada en ideas originales del inglés David Ricardo (1772-1823) resulta hoy demasiado simple. Marx esencialmente repitió con Ricardo que el valor de cualquier mercancía puede ser objetivamente medido por el promedio de las horas de labor necesarias para producirla. Ahora sabemos que dicho valor de cambio depende de otras variables, y que los beneficios económicos que gana el capitalista están muy relacionados con los riesgos que toma en determinadas circunstancias y con la organización adecuada de la producción. Por otro lado, su teoría de la alienación lo lleva a condenar el mercado como la fuente de todos los males, pues según sus puntos de vista las leyes de la oferta y la demanda no permiten a los trabajadores controlar sus destinos. Creyó a cabalidad que una sociedad sin competencia entre los productores, sin propiedad privada y sin dinero, produciría hombres libres y creativos, sin alienación; la práctica histórica demostró todo lo contrario. El error de su razonamiento está en que olvidó que en la mayoría de los procesos de producción la mercancía más barata es la mano de obra, porque muchos pueden ofrecerla. El proceso de producción incita entonces al trabajador a superarse, y aquellos que asumen el reto logran con un arduo aprendizaje encarecer lo que ofrecen; la competencia es necesaria entonces no sólo entre los dueños de los medios de producción sino entre los propios trabajadores, un proceso dual que empuja al progreso. Desde este punto de vista el mercado aparece como fuerza civilizadora y no alienante. Además, el mercado también resulta en mecanismo eficiente para mejorar la calidad de los productos. En términos generales, una economía sana es aquella que produce con calidad y diversidad para satisfacer la demanda, y donde vender resulta más difícil que comprar. A través del mercado las diferencias entre valor de cambio y precio se minimizan. Claro que el mercado no es perfecto, y en muchas ocasiones es incapaz de valorar con justicia aquellos productos de la actividad humana que no tienen la forma de una mercancía. Pero aquí el pensamiento marxista parece fallar porque olvida el aspecto subjetivo del valor: el mercado siente y promedia las preferencias de muchos individuos y en cierta medida refleja el gusto colectivo. Ese gusto posee una dinámica que aún no podemos entender, porque al gusto colectivo le molesta el tedio y escapa con tesón de

situaciones estacionarias muy prolongadas. Las personas pueden entonces escapar del llamado “fetichismo mercantil” si asumen una actitud creadora donde permiten espacio al desarrollo de su subjetividad. Por esa vía pueden influir en la subjetividad colectiva.

A Karl Marx su rechazo hacia el mercado y el deseo de crear una economía planificada que lo destruyera le hicieron idear una sociedad donde todas las contradicciones del capitalismo serían resueltas. Entonces le atribuyó al proletariado la tarea de remplazar el viejo orden con una dictadura que instauraría, por medio de una revolución, un sistema económico bien planeado en el cual la explotación de los trabajadores y la alienación de marras serían abolidas. Pensaba que la nueva sociedad eliminaría lentamente el Estado, y no pudo prever que un fenómeno nuevo ocurriría: el Estado con absoluto control de todo crea sus propios mecanismos de autodefensa, y la Razón de Estado se impone sobre todo tipo de razón. Ese Estado total elimina las libertades más elementales y se cuida de no ser eliminado porque crea una oligarquía burocrática que aprende a protegerse a sí misma. La pretendida dictadura del proletariado se convierte en dictadura de una élite política, de una nueva clase. Así pasó en la ex-URSS y toda Europa Oriental, todavía pasa en China y Vietnam a pesar de las reformas económicas, y se eterniza en el poder en Cuba y Corea del Norte, países que languidecen en medio de la ruina total.

Junto a las críticas a la teoría económica marxista, filósofos más modernos, como Karl Popper (Viena 1902- Londres 1994), han desarrollado valoraciones de carácter lógico que merecen ser mencionadas<sup>(6)</sup>. Para Popper la pregunta fundamental en cualquier axiología debe ser: ¿es dicha teoría refutable? Refutable no significa falsedad, sino la posibilidad lógica de que la teoría bajo análisis pueda ser o no contradecida por la observación o el experimento. En el caso particular del marxismo, Popper consideró que éste no era refutable y por lo tanto no podía tener ningún carácter científico. Por supuesto en mis tiempos en Cuba tal enunciado fue siempre proscripto en toda conversación sobre el marxismo que erigida en ideología oficial disfrutaba el status de verdad revelada. En su libro “La Sociedad abierta y sus enemigos” Popper muestra como el historicismo teleológico del marxismo deviene el argumento principal a favor de una estructura mesiánica totalitaria. A estas consideraciones intelectuales se les pudiera adjuntar una observación popular contundente de los cubanos de mi generación que apuntaba hacia la verificabilidad de la teoría marxista: “Si el comunismo fuera científico, hubieran probado primero con animales”.

Más próximo a la dimensión puramente humana, creo que el pecado original del marxismo radica en sus intentos de extrapolar las estructuras familiares o de pequeños grupos a toda la sociedad. La familia en particular impone “relaciones comunistas” a los hijos cuando éstos son pequeños. Los padres lo proveen todo y se constituyen en un “estado autoritario e indiscutible” durante la educación de los pequeños. Este sistema funciona por un tiempo relativamente largo y es remplazado poco a poco por condiciones menos comunistas a medida que los hijos crecen y se independizan. Semejante tipo de relación sólo es posible en pequeños grupos humanos y en estadios tempranos de desarrollo, como lo demuestra la historia de los pueblos antiguos. Tratar de imponer ese régimen a las sociedades modernas las feudaliza y las estanca. Las sociedades capitalistas modernas después de Marx aprendieron de sus críticas, y en mayor o menor

grado han aprendido a socializarse hasta donde les es posible sin sufrir esa feudalización que elimina al mercado pero también las libertades humanas conquistadas durante milenios. Tanto a nivel personal como social, la conquista de la plena libertad humana es un proceso de lucha constante y siempre incompleto; un proceso en el cual las nuevas libertades siempre tienen que salvaguardar las libertades antes conquistadas.

A mi generación en Cuba le tocó sufrir desde que éramos pequeños la instauración de un régimen totalitario. En Enero de 1959 la toma de poder por parte de los rebeldes castristas dejó desamparada la Constitución de 1940. Entonces comenzó un proceso sutil donde se eliminaron los partidos políticos tradicionales con aquel argumento populista de que eran enemigos del proceso revolucionario; se creó una coalición de fuerzas en torno al líder rebelde que luego devendría el partido de una ideología escogida de acuerdo a determinadas circunstancias; la labor política se centró en dicho líder y en su relación con las masas populares, considerándose a la masa homogénea, labor que sería garantizada con un manipulado uso de la información por medio del aparato burocrático y preservada por medio del aparato militar con el uso oportuno de la represión. Aquellos en el poder defendieron entonces la idea también populista y completamente errónea de que una democracia es la dictadura de la mayoría: las minorías no cuentan y si protestan deben ser brutalmente reprimidas; actos que fueron ejecutados contra grupos de estudiantes e intelectuales, e incluso contra héroes de la rebelión, que vieron en aquellas acciones una traición a la causa por la que habían luchado. Sólo faltaba el momento oportuno para finalmente declarar el plan que habían fraguado muchos años antes, y ese momento resultó ser el aciago 16 de Abril de 1961 cuando ante la inminencia de la invasión a Bahía de Cochinos, el dictador proclamó el carácter socialista del proceso revolucionario, identificando socialismo con nacionalismo, una acción oratoria más cercana a aquellas de Hitler y el Tercer Reich en 1933 que a las de Lenin en 1917. La historia nos ha demostrado la similaridad de ambos totalitarismos. Sin embargo, el sistema soviético recibía entonces por parte de la izquierda el beneficio de la duda, primero porque luchó del lado de los aliados contra la monstruosidad reconocida del nazismo, y segundo porque no se conocían en toda su extensión sus crímenes. Se necesitarían casi tres décadas para que la Perestroika y la Glasnov de Mijaíl Gorbachov revelaran sus propias aberraciones.

La historia de las últimas cinco décadas en Cuba ha sido ampliamente difundida y hoy el mundo sabe la verdad sobre la Isla en ruinas. Aquí ofrezco mi síntesis personal: la revolución terminó significando dirigir el país por decretos que siempre emanaban de una figura central carismática, megalómana y monologante, quien encontró complacencia en el eco ortofónico de sus seguidores. En pocos años el poder se tornó primero autocrático y luego totalitario con el control asfixiante de cada aspecto de la vida civil. La retórica oficial tuvo como coartada ideológica al marxismo-leninismo pues éste le aseguraba status vitalicio. Sin nada que hacer, muchos interiorizamos desesperanza y doble moral, mientras el discurso gubernamental hablaba del hombre nuevo. Cualquier atisbo de rebeldía era entonces interpretado como desviación ideológica que de persistir necesitaba la mano dura de un proceso de re-educación. Fuimos todos testigos de juicios sumarísimos y fusilamientos, expropiaciones y nacionalizaciones, persecución de religiosos e irreverentes, ensañamiento con quienes querían abandonar el país (incluyendo

masacres como la del transbordador 13 de Marzo en Julio de 1994 o aquellas menos célebres de jóvenes que en los años 60s trataban de escapar por la Base Naval de Guantánamo y se encontraban con campos minados en el lado cubano), acoso a intelectuales, prisión para los opositores, movilizaciones masivas al campo, ausencia de elecciones libres, exportación de las ideas revolucionarias a otros países latinoamericanos...Quienes no conocen los detalles podrían preguntar como un país relativamente próspero terminó en manos de unos placatanos que lo destruyeron todo. La respuesta es simple: Al convertirse en satélite periférico de la Unión Soviética, Cuba se hizo más dependiente de dicho país que lo que había sido de España o los Estados Unidos. El Kremlin por fin dirigía los destinos de la Isla a través de aquel agente de voz aflautada y delirio verbal que no hacía más que rendirle pleitesía repitiendo discurso tras discurso: "...gracias al campo socialista y muy en especial a la Unión Soviética". Fueron capaces hasta de escribir dicho meme en la nueva constitución<sup>(7)</sup> que se inventaron.

Los intentos soviéticos de controlar los destinos de la Isla provienen de fecha muy temprana. En 1919 Lenin envió a Méjico a su primer agente (y traficante de armas), Mijaíl Borodin, que luego sirvió en China bajo las órdenes de Stalin. Siguiendo a Marx, Lenin y Stalin promulgaron la idea de exportar la lucha violenta contra el Capitalismo en todos los rincones del mundo. Detrás de la aparente 'buena voluntad' soviética se escondía el afán de crear un comunismo global eterno. En China el resultado fue trágico pues una lucha sangrienta por el poder se estableció durante muchos años entre nacionalistas (Chiang Kai-shek) y comunistas (Mao Tse-tung). A estos últimos los chinos le deben la identificación entre sobrevivencia y comunismo; algo similar también hicieron los comunistas cubanos cuando identificaron patria y revolución. En México esas ideas están aún latentes a despecho del descrédito global del socialismo real. En Cuba, Julio Antonio Mella estuvo entre los fundadores del primer partido comunista. En el grupo estaba entre otros el joven poeta Rubén Martínez Villena, el siempre mencionado Carlos Baliño, y también un judío polaco de bajo perfil llamado Fabio Grobart, un agente soviético temprano, como lo fue Borodin. Mella, perseguido por la policía machadista, tuvo que abandonar Cuba en 1926. Ya en México, el comunista cubano se relaciona con el agente estalinista Vittorio Vidali, el entonces secretario general de los comunistas mejicanos Rafael Carrillo Azpeitia, Xavier Guerrero, el célebre pintor Diego Rivera, y la actriz y fotógrafa italiana Tina Modotti. Las ideas muy liberales de la actriz la habían llevado a relaciones íntimas con muchos de los hombres de aquel grupo y el cubano no fue excepción. En secreto Mella preparaba una invasión armada a Cuba desde Veracruz, pero una indiscreción (probablemente de la Modotti) permitió a Vidali conocer de la misma. Con Vidali a la cabeza, aquellos estalinistas acusan a Mella de trotskista, una acusación mortal en aquel entonces, quien entre los celos de sus rivales y los fuegos cruzados de la policía machadista y los agentes de Stalin es asesinado en Enero de 1929. Su muerte es todavía motivo de especulación. De aquel tiempo sobrevivió el mencionado Fabio Grobart, del cual se dice haber reclutado a Fidel Castro como agente para los servicios secretos soviéticos en 1948<sup>(8)</sup>.

Tan temprano como 1932 una metástasis de los ideales comunistas toma lugar en Cuba bajo el liderazgo abierto de Antonio Guiteras Holmes (y la autoridad secreta de Fabio Grobart). A finales de Abril de 1932, Guiteras dirige levantamientos en la provincia de

Oriente y planea bombardear el cuartel Moncada en Santiago de Cuba, pero decide atacar el cuartel de San Luis desde donde tiene que retirarse derrotado a las montañas orientales. Allí recibe la noticia de la caída del dictador Gerardo Machado debido al primer golpe de estado de Fulgencio Batista, y más tarde acepta cargos ministeriales bajo el gobierno de los cien días de Ramón Grau San Martín desde donde desarrolla en corto tiempo una agenda claramente radical, nacionalista y socialista. Cae asesinado en Mayo de 1935, en tiempos de la presidencia provisional de Carlos Mendieta, cuando el hombre fuerte de la historia nacional lo era Fulgencio Batista, entonces jefe de las fuerzas armadas. En 1937, los comunistas son reconocidos oficialmente en Cuba, y una agenda de izquierda moderada es desarrollada desde el poder. Con el apoyo de la coalición social-demócrata Batista es electo presidente en 1940. La pesadilla de un posible asalto comunista al poder pareció entonces terminada, y los comunistas con pocas oportunidades decidieron apoyar al nuevo presidente. No es hasta los hermanos Castro que el intento final cristaliza.

Las semejanzas en el modus operandi de Mella, Guiterras y Castro indican un factor común entre esos tres grandes asaltos a la República. Mella planeaba una invasión a Cuba desde México, mientras Guiterras lo hacía sobre un asalto al segundo cuartel militar de la Isla. Castro sin mucha originalidad desarrolló ambas ideas y aunque derrotado en los inicios encontró finalmente la sinergia que lo llevó al poder. Lo común entre los tres líderes lo fue Fabio Grobart quien detrás de la escena pública representó siempre los intentos estalinistas por tomarse a la Isla, una nación privilegiada por su posición geográfica muy cercana a los Estados Unidos. Incluso creó ver en las acciones de estos cuatro hombres la idea expuesta posteriormente por Régis Debray sobre la necesidad de dos motores para el surgimiento de una revolución social: un pequeño motor, la vanguardia, que se adelanta al gran motor, las masas, y crea las condiciones para el estallido revolucionario. La teoría en los años 1980s estaba ya desacreditada por la escuela soviética que entonces parecía ya en camino de un discurso menos agresivo y en pro de reformas. Dos preguntas resultan pertinentes: ¿De tomar el poder hubieran Mella y Guiterras establecido una dictadura comunista en Cuba? ¿Se hubieran eternizado en el poder absoluto como terminó haciéndolo Castro? La respuesta afirmativa a ambas preguntas me hace meditar sobre el destino fatal que se cernió tempranamente sobre mi país de origen y que muchos cubanos permitieron tuviera lugar. Por supuesto que no creo en una fatalidad al estilo de la tragedia griega y pienso que serán los historiadores del futuro quienes nos develarán cuales fueron los pasos que nos llevaron a un punto de no retorno del cual surgió ese estado casi-permanente que llevó al país a la miseria total.

Reconstruir y revalorar el pasado es tarea difícil pero indispensable. El ejercicio pasa por condicionales, esos escenarios contrafactuales que nunca tuvieron lugar pero permiten estimar la necesidad o contingencia de lo que realmente ocurrió. La historia real es siempre la realización de una de tantas posibilidades, y esa realización hace colapsar las posibilidades rivales que no tienen porque desaparecer del todo sino que se vuelven latentes, aguardando nuevas oportunidades favorables para su realización. Así, el suicidio irresponsable de Eduardo Chibás en 1951 puede haber promovido el golpe de estado anticonstitucional del 10 de marzo de 1952 que entonces instauró una dictadura en Cuba. Dicha dictadura a su vez pudiera haber inducido una radicalización en el liderazgo del Partido Ortodoxo, y la convicción de la presunta inevitabilidad de la lucha armada



que en manos de un líder megalómano que al servicio de una potencia extranjera terminó convirtiendo al país en un satélite de la URSS. Los comunistas, siempre al acecho, fueron entonces capaces de adueñarse del país y en pocos años ponerlo en bancarrota. Cuando después de cinco largas décadas tiene lugar un cambio de líder, un cambio por lo demás nepótico, los viejos comunistas hablan de diez años más en el poder, un tiempo que les permitiría irse a la tumba sin enfrentar los juicios que merecen. Para ellos no importan sus acciones del pasado, los crímenes cometidos contra quienes pensaron diferente, la desidia con la que trataron los valores nacionales, la destrucción sistemática y mal intencionada del espíritu de empresa natural que tienen los cubanos, la no promoción del verdadero talento. Pretendieron castrar las ansias de libertad de toda una nación, la creación de cubanos de cautiverio que ante las oportunidades de la libertad extrañarían la jaula y el alpiste escaso y aparentemente gratuito. Ese es el hombre nuevo que pretendieron crear, considerándonos “la arcilla fundamental de su obra”, mientras la inmensa mayoría descubrió sus artimañas y muchos aún escapan cuando aparecen las posibilidades, para descubrir entonces los fraudes de aquel discurso y el hecho fehaciente de que si bien el Capitalismo no resuelve todos los problemas, el Socialismo evidentemente los empeora.

En lo personal todavía me asaltan pensamientos encontrados, casi paradójicos. A veces pienso que la Unión Soviética de la época post-estalinista constituyó en su tiempo una fuerza civilizadora. Después de los testimonios ofrecidos por Nikita Khrushchev en el vigésimo congreso del PCUS sobre los crímenes de Stalin, un proceso de desestalinización tuvo lugar y aquel enorme país emprendió junto a las reformas económicas una cierta esperanza por un futuro mejor, en franca competencia con los Estados Unidos. Entonces recuerdo el costo enorme de vidas humanas y recursos de todo tipo que aquello representó, y puedo deconstruir esa visión semi-idílica. Me vienen a la memoria testimonios de mis colegas soviéticos de antaño, algunos de los cuales evaluaban muy críticamente la gestión de su país a la que consideraban una pérdida total de tiempo. Al final, la URSS desapareció porque era una estructura inviable y en franca quiebra, aunque me asiste la convicción de que fue un rival digno para USA, un contrincante que ahora este país necesita para despertarse. Me pregunto también por qué además del miedo que al poder tenían, la generación de mis padres se mostró complaciente con los designios de la tiranía, y entonces caigo en la cuenta de que ellos también, junto a nosotros, fueron chantajeados con la idea de un futuro mejor para la patria, un futuro que pasaba por la obtención en masa de títulos universitarios, un sueño que mi propia madre consideraba el mejor de todos los sueños posibles, quizás porque nunca en su juventud tuvo la más mínima oportunidad de soñarlo. Tengo entonces frente a mí la imagen del campamento “La Italiana” en la zona de Banes donde estábamos movilizados durante la zafra de 1970, y al director del pre-universitario aconsejándome moderar mis críticas a la vida que allí llevábamos pues “estás poniendo en riesgo tu entrada a la universidad”. Aquel buen hombre, un convencido fidelista que sin embargo no había perdido su dimensión humana y se atrevía a alertarme a riesgo de perder su puesto, era también víctima de aquella espiral de silencio que el poderoso aparato político cernía sobre todos nosotros. Gracias a sus consejos pude entrar en la universidad y desarrollar aquel sueño compartido con mi madre, pero al hacerlo me había convertido en

cómplice de mi propia desgracia. Así nos pasó a casi todos, la más culta y más silenciada generación de la historia cubana...

Todo ajuste de cuentas exige para terminar una moraleja, una conclusión que permita resumir lo aprendido e impulsarnos adelante. Nunca podemos renunciar al pasado, pues en gran medida estamos hechos de él, y ese pasado siempre interacciona con nosotros, ejerciendo una atracción seductora. Corremos siempre el peligro de orbitar a su alrededor y sólo si somos capaces del ajuste necesario para la creación de un futuro aún más atrayente podemos entonces evitar vagar en lo ya ido, romper definitivamente la órbita y adentrarnos en lo desconocido. Es intimidante pero es también excitante pensar que nada está escrito y que lo por venir tendrá siempre sorpresas que enriquecerán aún más nuestra experiencia. Mis amigos y yo, toda nuestra generación, instruidos en los avatares del marxismo y la revolución global, necesitamos más de cuatro décadas para comprender a cabalidad el mensaje primordial de aquel ejercicio intelectual devenido en coartada para un poder absoluto: Hay que sospechar siempre de las promesas de una dictadura, porque en su agenda secreta está el perpetuarse para siempre en el poder y robarnos toda esperanza.

Arquímedes Ruiz Columbié, Lubbock, Texas, Verano del 2012

#### **Referencias** (lecturas aconsejables)

- (1) Richard Feynman, *La Distinción entre Pasado y Futuro*, capítulo 5 del libro "El carácter de la ley física, Turquets Editores, 2000, 200 páginas
- (2) Horacio Vázquez-Rial, *La superioridad intelectual de la izquierda*, Libertad Digital, Octubre 2011: <http://historia.libertaddigital.com/la-superioridad-intelectual-de-la-izquierda-1276239431.html>
- (3) Hannah Arendt, *Los Orígenes del Totalitarismo*, Alianza Editorial, 2006, 696 páginas
- (4) K. Marx y F. Engels, Manifiesto del Partido Comunista, 1848  
<http://www.laeditorialvirtual.com.ar/pages/Marx/ManifiestoComunista.htm>
- (5) Richard Wurmbrand, *Marx y Satanás*, Centros de Literatura Cristiana, 1988, 187 páginas
- (6) Karl Popper, *La Sociedad Abierta y sus Enemigos*, Ediciones Paidós Ibérica, 2006, 809 páginas
- (7) Constitución Cubana de 1976:  
<http://pdba.georgetown.edu/Constitutions/Cuba/cuba1976.html>
- (8) Serge Raffi, *Castro el desleal*, Ediciones Aguilar, 2007, 633 páginas; también hay mucha información en la página web: <http://www.latinamericanstudies.org/us-cuba.htm>